

Saber latín

Cinco máximas pedagógicas

Luis Fernández-Galiano

DOI: 10.5821/palimpsesto.16.5166

No existe mejor síntesis de una experiencia pedagógica que la que brinda el latín lapidario de las máximas clásicas. Utilizo un proverbio romano y un aforismo medieval, además de sentencias de Petronio, Quintiliano y Séneca para introducir cinco comentarios taquigráficos a la enseñanza de los proyectos; el cordobés me sirve también para la presentación y la despedida. Los textos provienen de *Aurea dicta*, la excelente selección de Eduard Valentí.

Prólogo

Non vitae, sed scholae discimus

No aprendemos para la vida, sino para la escuela (Séneca *Epístolas* 106, 12)

Como en tiempos de Séneca, las escuelas se alejan en exceso de la vida, promoviendo una enseñanza autorreferente. Aprendemos para la escuela, en lugar de hacerlo para el mundo, y ese autismo ensimismado destruye la razón de ser de las instituciones escolares, que devienen máquinas que giran sobre sí mismas sin otra meta que su propia perpetuación. La pertinencia social del proyecto que se propone como ejercicio debe ser nuestra primera preocupación si queremos evitar el reproche del filósofo. No se proyecte pues para la escuela, sino para la vida.

I

Nemo nascitur artifex

Nadie nace maestro en un arte (Proverbio)

La arquitectura, como el resto de las artes, posee un contenido disciplinar que puede ser codificado y transmitido; sin esta convicción no existe la pedagogía. La enseñanza confiada a la intuición o el azar alimenta un narcisismo vacío o un cinismo estéril. El proyecto requiere documentación; un conocimiento íntimo del lugar, su perfil topográfico y sus trazas históricas; y una familiaridad suficiente con el programa, los antecedentes tipológicos y los medios técnicos y económicos disponibles. Nadie nace enseñado; y hay que estudiar para inventar, pues toda arquitectura proviene de otras.

II

Quod discis, tibi discis

Lo que aprendes, lo aprendes para tí (Petronio 46, 8)

No hay más estímulo que la autoestima, ni más guía que la convicción. El aprendizaje es interiorización; pero no la colmatación de un recipiente con información, sino la construcción íntima de un marco de referencia. Sólo desde esa fortaleza interior puede el arquitecto enajenarse, introduciéndose en la piel del habitante, y es esa radical alteridad la que hace de ésta una profesión de servicio. El conocimiento se recaba con codicia para sí, se atesora y acumula en una intimidad irreversible; pero si no fluye para otros, de él emana el perfume letal del agua estancada.

III

Longum iter est per praecepta, breve et efficax per exempla

Largo es el camino con preceptos, corto y eficaz con ejemplos (Séneca *Epístolas* 6, 5)

En la enseñanza de proyectos, la teoría palidece frente a la práctica. El proyecto hipotético es el mejor laboratorio, y los ejemplos de referencia o contraste, la mejor constatación del conocimiento arquitectónico. Si es verdad que no hay nada tan práctico como una buena teoría, los preceptos ideológicos o formales deben doblegarse a la violenta singularidad del lugar o la circunstancia. El ejemplo práctico ilustra con veloz eficacia, abrevia el camino del entendimiento y se levanta desafiante y luminoso, suscitando en el que aprende el ánimo de emulación.

IV

Emendatio pars studiorum longe utilissima

La corrección es, con mucho, la parte más útil de los estudios (Quintiliano 10, 4, 1)

No debe temerse corregir. Enseñar es ayudar al estudiante a encontrar su propio camino, alentando con

precaución los brotes primeros del descubrimiento; pero enseñar es también transmitir experiencia acumulada y conocimiento verificable. Demasiados arquitectos profesan un agnosticismo epistemológico que todo lo equipara y todo lo degrada, porque si todo vale, nada vale de verdad. Ese escepticismo trivial y solipsista está en el extremo opuesto de la duda metódica y autocrítica. La corrección enfrenta al profesor con sus incertidumbres, pero también con sus certezas.

V

Instrumenta bonum faciunt bona sepe magistrum

A menudo son los buenos instrumentos los que hacen bueno al maestro (Aforismo)

Es siempre remedio de jactancias recordar hasta qué punto el éxito de la enseñanza depende de factores ajenos al profesor mismo. Los medios materiales, desde luego, pero en mucha mayor medida el contexto escolar de exigencias y estímulos que produce un ambiente favorable para el estudio y el ensayo. Para el que enseña proyectos, los más valiosos instrumentos son la motivación y el tiempo; si el entorno no los suministra, el mejor maestro se agotará braceando contra la corriente; si lo hace, aun el menos dotado de los profesores resultará excelente.

Epílogo

Homines, dum docent, discunt

Los hombres, enseñando, aprenden (Séneca *Epístolas* 7, 8)

El gran privilegio del profesor es el aprendizaje. Los estudiantes le mantienen en vigilia permanente, le obligan a esforzarse, ponen en cuestión sus convicciones endebles y le golpean inesperadamente con hallazgos. Si existe un criterio para evaluar una experiencia docente, ése es quizá el mejor: cuando el profesor aprende, aprende el estudiante. Porque uno y otro no son extremos de una relación asimétrica, sino momentos de un proceso interminable de búsqueda que persigue lo que nosotros llamamos conocimiento y los antiguos denominaban sabiduría.

No te saltes el prólogo

Que no es un prólogo, sino más bien una advertencia preliminar, que debería imprimirse en rojo para llamar la atención, o titularse en inglés para suscitar la curiosidad, quizá *warning*, ojo con lo que sigue, porque aquí no se te invita a una profesión sino a una enfermedad, lo sé de sobra, yo mismo la padezco, aunque exteriormente semeja inocuo, no lo es, así que no te fíes de las apariencias y ten cuidado, ya me imagino que no lees las instrucciones de los aparatos ni los prospectos de las medicinas, tampoco yo lo hago si puedo evitarlo, pero este caso es especial, créeme, por eso te tuteo de forma tan desconsiderada, con el ánimo de sorprenderte y a lo mejor establecer una relación de complicidad, hablando con susurros como el que advierte de un peligro secreto, y levantando la voz de repente para movilizar la adrenalina, hazme caso, la arquitectura crea hábito, y una vez adicto es difícil desengancharse, o imposible, no conozco a nadie que lo haya conseguido, porque hasta los que la abandonaron por el sexo o el poder, dos apetitos poderosos, han seguido siendo arquitectos hasta la muerte, no sé, debe ser que imprime carácter como algunos sacramentos, en todo caso no hay curación, no hay clubes de ex-adictos que se hayan librado de ella como uno se libra de la droga o el alcohol, *arquitectos anónimos*, estaría bien, pero no existen, o al menos yo no los conozco, por eso no puedo sermonearte como esas almas piadosas que han roto la dependencia y quieren ayudar a otros, cómo podría ofrecer apoyo si yo mismo no he tenido éxito, aunque lo he intentado, desde luego con poca convicción porque no conozco antecedentes de curación, y quieras que no aprendes a vivir con el virus, pero tu caso es diferente, todavía no te lo han inoculado, así que estás a tiempo, siempre que no pienses que esto es algo que se puede dejar como se deja el tabaco, no es tan fácil, y comprendo que los jóvenes tienen que pasar por una fase experimental en la que quieren probarlo todo, pero hay que procurar evitar las consecuencias irreversibles, vaya, no quiero sonar como las campañas sanitarias de prevención de riesgos, o como los asistentes sociales de los municipios, a fin de cuentas no estamos hablando de embarazos indeseados o del sida, por más que también la arquitectura se contraiga con placer, es muy traidora, comienzas leyendo libros de iniciación y nadie te advierte de que son iniciáticos, cuando quieres reaccionar ya eres miembro de la secta, y de ésta no se sale, te encuentras repitiendo mantras y con una túnica azafrán, o vestido de negro, porque los arquitectos son muy aficionados al luto, aunque no sean especialmente melancólicos, al

contrario, fíjate que ni siquiera saben que están enfermos, por eso es tan importante advertir a los que todavía no habéis entrado, aunque os ofrezcan golosinas como los pederastas a los niños, o mejor hongos alucinógenos como los de Alicia, que ésos sí que te llevan directo al país de las maravillas arquitectónicas, hasta que despiertas del sueño, o no despiertas, que es lo más corriente, y una vez que cruzas ese umbral estás más encerrado que los burgueses de Buñuel en *El ángel exterminador*, sin nadie que te impida la salida y sin ninguna posibilidad real de franquearla, porque el cautiverio es interior, crees ser libre y te has amarrado a jornadas de catorce horas, fines de semana haciendo concursos y vacaciones de viaje por el vía crucis de los santos modernos, casi siempre difíciles de encontrar en periferias inhóspitas, qué fatiga, si finalmente te atrapan cástate por lo menos con alguien del gremio, sólo los de la tribu aguantan esto, pero no tires aún la toalla, no estás enfermo como yo y tantos otros, así que piénsatelo bien antes de comenzar, ya te dije que después no tiene remedio, esta cepa de virus es muy resistente, no hay manera de deshacerse de ella, es peor que un tatuaje que ya no te guste, porque esta enfermedad de la arquitectura te tatúa por dentro, y aunque los demás no se den cuenta vas marcado con hierros de servidumbre, todo lo ves a través del prisma de la arquitectura, que deforma el mundo más que los espejos cóncavos del Callejón del Gato, y todo lo miras con ojos codiciosos, saqueando lo que te rodea para incorporarlo a tu proyecto, con una urgencia rapaz que te parece creativa, vaya broma, decía Le Corbusier que los arquitectos somos como asnos dando vueltas a la noria, y en eso tenía razón, porque no hay trabajo que requiera más rutina perseverante, pero añadía que somos asnos que ven, y a través de la mirada quería rescatamos de nuestra asnaridad voluntaria, para hacernos superiores al asno apaleado de Apuleyo o al asno indeciso de Buridán, pero no cuela, los arquitectos no vemos más o mejor que los demás, vemos diferente, y sobre todo nos vemos mejor a nosotros mismos, no es una profesión muy autocrítica, mi maestro Alejandro de la Sota decía que damos liebre por gato, figúrate, usando los refranes o las fábulas para presentarnos como benefactores universales, prefiero a La Fontaine, porque no he conocido a ningún arquitecto que se parezca a Teresa de Calcuta, hasta los arquitectos sin fronteras son primero arquitectos y después sin fronteras, eso pesa, hay una comunidad de cuerpo místico un poco atragantante, hasta Rafael Moneo que es el más agudo de todos da gracias a la arquitectura que le ha dado tanto, como si

fuera Atahualpa Yupanqui y la arquitectura la diosa Fortuna derramando bienes por un cuerno de la abundancia, también él está contaminado por el virus, cómo no va a estarlo si nuestra tribu es tan endogámica y promiscua como los salvajes míticos del Pacífico o los actores de la industria porno, en un sentido artístico, claro está, leyendo las mismas revistas y mirándonos por encima del hombro unos a otros, o unas a otras, que más de la mitad de los estudiantes son ya mujeres y tampoco ellas se libran de las aberraciones, de nuevo en un sentido figurado, entiéndeme bien, que ya he ofendido a demasiada gente y las feministas son muy belicosas, pero fue Carme Pinós la que primero me habló del virus, que a ella le había contagiado su marido Enric Miralles cuando todavía estaban en la Escuela, y ya no pudo curarse como yo tampoco he podido, aunque la variedad de Enric era tan virulenta que le mató, o al menos eso pensaba él mientras luchaba en Houston contra un cáncer, y quizá ése es el motivo por el cual todo lo que hacía tenía una belleza urgente que te hacía llorar, como ahora lloro al recordarlo, disimulando las lágrimas porque no quiero convencerme con emociones sino con razones, a fin de cuentas todos me dicen que no tengo inteligencia emocional, por eso he procurado persuadirte con argumentos, si bien un tanto atropellados, y por eso te he pedido que no te saltaras el prólogo, para llegar a este final semejante a las señales de carretera británicas, que tras varias advertencias de peligro te despiden con la última placa, *you have been warned*.

LUIS FERNÁNDEZ-GALIANO es arquitecto, Catedrático de Proyectos en la Escuela de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid y director de la revista *AV/ Arquitectura Viva*, así como de la sección de arquitectura del diario *El País*. Crítico visitante en Harvard, Princeton y el Instituto Berlage, ha ocupado la cátedra Cullinan Professor en la Universidad de Rice y ha sido visiting scholar del Getty Center de Los Ángeles. Entre sus libros figuran *La quimera moderna*, *El fuego y la memoria*, *Spain Builds* y *Atlas, arquitectura global circa 2000*.